MARIA,

Ò

LA NIÑA ABANDONADA.

DRAMA NUEVO,

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DE ESTA CAPITAL EL LUNES 7 *de Junio de* 1830.



BARCELONA: 1832.

Imprenta de Saurí y Compañía.

PERSONAS.	ACTORES.
El Baron de Saberny.	Sr. José Tormos.
La Marquesa de Vernevil	Sra Dolores Garcia.
Cárlos Saint-Elme, *sobrino del Baron.* .	Sr. Antonio Valero.
Simon, *maestro de escuela de la aldea.* . .	Sr. Juan de Castillo.
Elena, *aldeana vieja.* .	Sra. Josefa Ripa.
Maria.	Sra. Carolina de Castillo.
Madama Dupré, *camarera de la marquesa*	Sra. Rita Oliver.
German, *criado de Cárlos*	S. Manuel Catalá.

MARIA,

Ó

LA NIÑA ABANDONADA.

ACTO I.

El teatro representa la plaza de una aldea; á un lado se ven las verjas del patio de la iglesia y la puerta de la misma; al otro la casa del maestro de escuela y otras casas mas pequeñas del lugar.

ESCENA I.

German, Simon.

Ger. Tio Simon! (*yendo á llamar á la puerta del maestro.*) señor Simon!.... Sí estará durmiendo aun?

Sim. Quién, yo dormir (*saliendo de su casa*) á las siete de la mañana? y el trabajo? Piensas tu que la instruccion se adquiere durmiendo?

Ger. Y porque no?... Pues bien se concilia el sueño con la lectura: y desde que Vd. me enseñó á leer, duermo yo dos veces mas que antes.

Sim. Es que aun no estás bastante adelan-

tado para inflamarte á la vista de un libro. Es menester haber vivido entre las letras y entre los literatos, como yo; aun diré mas, es preciso haber servido á un autor, á un académico quizás, para saber los placeres que proporciona el ingenio; pero tu no deseas llegar á ser Dómine como yo, y de consiguiente no necesitas saber tanto. Vienes á tomar leccion?

Ger. Si, para lecciones estamos. ¿Se puede uno por ventura entregar á la menor ocupacion séria, cuando tiene la desgracia de servir á un señorito jóven y enamorado? Mientras estoy yo con Vd. haciendo palotes, el señor Saint-Elme escribe grandes cartapacios que me hacen llevar á tres leguas de aquí, á riesgo de volver muerto de cansancio.

Sim. Es lástima porque ya empezabas á hacer progresos.

Ger. Toma! Pues cuando le hablo á mi amo de los perjuicios que causan esas correrias y de lo que atrasan mi educacion literaria, se burla de mí, y se obstina en hacerme creer que el talento de saber correr bien me será siempre mas ventajoso que el de saber escríbir.

Sim. Espresiones propias de un jóven atolondrado. ¿No está aquí Simon para desmentirle? Yo no soy rico, es verdad; pero mi fortuna á quien se la debo? á aquel buen poeta á quien serví quince años.

Ger. Como? se hizo Vd. rico sirviendo á un poeta? que milagro!

Sím. Sin duda, me enriquecí con un caudal inagotable.

Ger. Pues puede Vd. contar que es el primero.

Sim. Fntendámonos; tú hablas de dinero, y este nada tiene que ver con la riqueza de que se trata. Yo te hablo de aquel fondo de instruccion y ciencia, que adquirí copiando todos los dias fragmentos de poemas, de tragedias y hasta de óperas: esto es lo que adorna el talento de un hombre: esto es en fin lo que me ha hecho el principal y mas acreditado maestro de escuela de este canton.

Ger. Es este un escelente empleo, y lo llena Vd dignamente.

Sim. Un empleo que me atrae la consideracion de todos mis vecinos.

Ger. Esta es tanta verdad, como que yo vengo á darle á Vd. una nueva prueba de ello.

Sim. Qué? quiere por ventura tu amo que yo le instruya.

Ger. No señor èl ha concluido ya sus estudios; pero su tio, el señor Baron de Saberny me envia á preguntarle á Vd. sí aquella jóven muchacha, de quien le ha hablado Vd. tantas veces, está aun en la aldea.

Sim. Quién? mi ahijada..... la hija de la tia Elena?

Ger. La misma: una pobre aldeanita á quien enseñò Vd. á leer, escribir y contar..... Que sé yo cuantas cosas!

Sim. Oh! y me vanaglorío de ello: la educacion de esa muchacha me hace mucho honor: asi es que no nos ha sido nada dificil el colocarla.

Ger. Cómo, está ya sirviendo?

Sim. Y en una buena casa : yo respondo de esto : hace mas de dos años que está con una buena señora, que vive á pocas leguas de aqui, y que la trata con el mismo cariño que á sus hijas.

Ger. Qué diantre! el señor Baron lo vá á sentir mucho.

Sim. Pues qué queria hacer de mi ahijada?

Ger. Queria ponerla al lado de su hermana.

Sim. Cómo! está aquí por ventura la señora marquesa de Vernevil

Ger. Si, ayer mañana llegó.

Sim Me dejas sorprendido : se decia que desde la muerte de su padre habia cobrado tanto horror á este pais, que no volveria á él nunca.

Ger. Tal era efectivamente su resolucion; pero su hermano, á fuerza de instancias, la ha obligado á venir á pasar algunos dias en su compañia; trata de distraerla de una pesadumbre, cuya causa se ignora; porque no se puede atribuir á la muerte de su viejo marido, que, en confianza, era el hombre peor del mundo. La pobre señora padeció tanto con él y lloró tanto, que cuasi ha quedado ciega; y por esto el señor Baron deseaba encontrarle para doncella una muchacha que estuviese en estado de leerla algunos ratos.

Sim. A fé mia que me das un disgusto. La señora Marquesa no tiene hijos, es rica, generosa, enfermiza, y hubiera podido hacer feliz á mi ahijada.

Ger. Sin duda podria ella hacer fortuna entre nosotros, y tal vez (*con aire de fatuidad.*) aun hallar medio de estable-

cerse de un modo ventajoso.

Sim. Si, el asunto merece reflexion, y voy á hablar de él á la tia Elena... Entre tanto, amigo mio, dile al señor Baroni que agradezco y me lisongea su confianza, y que procuraré corresponder á ella debidamente: es un caballero que sabe conocer y distinguir á los hombres de mérito.

Ger. Muy bien; procure Vd volverle cuanto antes la respuesta. (*Vase por las verjas*).

ESCENA II.

Simon solo.

Sim. Qué diantre! Este seria un fortunon para mi! Una vez recibida en la quinta mi ahijada, iria yo á verla todos los domingos: me hablarian con elogio de su modo de leer, del cuydado que tomé en hacerla aprender de memoria mas de la mitad del volúmen que heredé cuando murió mi pobre amo. Una muchacha que decora de cabo á rabo, sin errar ni una letra, mas de treinta versos, no tiene un talento comun; es un ingenio sobresaliente. La lástima es que sea tan pobre, que haya tenido que abandonar la escuela tan presto para ponerse á servir.

ESCENA. III.

Simon, Elena.

Sim. Ah! soys vos, señora Elena? Cabalmente iba á buscaros; para daros parte de un

proyecto importante. Hace mucho tiempo que no habeis visto á Maria?

Elen. Habrá cerca de dos meses. Ya sabe Vd. tio Simon, que ella no puede dejar á su ama y que de aquí á Norville hay bastante trecho; pero poco hace tuve noticias suyas por el mozo de la granja: me trajo de parte suya algun dinero, porque la pobre muchacha no piensa mas que en socorrer á su querida Elena, sin embargo de que ya sabe que no soy su madre.

Sim. Y porqué se lo díjisteis? Esta indiscrecion no podia servir para otra cosa mas que para afligirla, y tal vez perjudicarla: porque no ignorais el desprecio con que son mirados en las aldeas y pueblecitos pequeños los que tienen la desgracia de no conocer á sus padres.

Elen. A fé mia que lo hice por su bien: pensé que pronto voy yo á cumplir sesenta años, y que á esta edad debia esperar la muerte de un momento á otro: pensé que no es Vd. mas jóven que yo, y que nuestra pobre ahijadita podria hallarse repentinamente sin amparo ni proteccion en el mundo. Y por este motivo quise decirla como hará unos diez y siete años que la encontramos allí, (*señalando el umbral de la iglesia*) encima de aquella piedra, cubierta con unos malos pañales, y sin mas riqueza ni bienes que la crucecita de oro que llevaba en el cuello. ¿Quién sabe si todas las señas que he podido darla, la servirán algun dia para encontrar á los autores de su existencia?

Sim. No es eso probable, despues de tantos años de abandono. La madre, que la abandonó de ese modo, las mismas ganas tendrá hoy de encontrarla, que tuvo de conservarla entónces; pero le habeis encargado á Maria que á nadie confie su secreto? Podria comprometernos á ambos, y la maledicencia....

Elen. ¿Y quién quiere Vd. que vitupere una buena accion, que, à no ser por Vd., yo por mi sola no hubiera podido hacer? ¿No fué el señor Simon quien me ayudó á criar y á educar á esa pobre criatura; quien nos libró á los dos de la miseria? ¿Y qué mal habria en que se supiese todo esto?

Sim. Si, habria un grande mal; (*con impaciencia*) no quiero yo que se sepan mis asuntos.

Elen. Pues bien; tranquilízese Vd.: Maria no se lo dirá á nadie, porque la pobrecilla, ni ella misma quiere dar crédito á esta aventura: me dijo, enjugándose los ojos: quememos estos viejos pañales, esta cestilla de mimbre, en fin todo cuanto puede recordarte esa historia, porque lo que me dices no es cierto; tú eres mi madre; jamás he tenido otra, y moriré hija tuya: vamos, no hablemos mas de esto." Y despues me abrazó y me pidió que la bendijese. Cuando pienso en aquel lance, lloro todavia (*Se enjuga las lágrimas*).

Sim. Tiene razon la muchacha; (*enternecido*) no hablemos mas, porque me desazona semejante recuerdo: à mas de qué, si llegase à saberse esa historia, seria preci-

so renunciar el estado brillante que se le ofrece hoy. Porque debeis saber, señora Elena, que el señor Baron, nuestro respetable amo, me ha hecho pedir á Maria para colocarla al lado de su hermana. Ved lo que es la educacion! El no conoce á la niña, pero nosotros la hemos educado, y esto basta.

Elen. El cielo me libre de ponerla en casa de Madama de Vernevil, ó mejor dirè, al lado de esa picaronaza de madama Dupré, que la trataria lo mismo que trataba en otro tiempo á la hija del mayordomo. Aunque hace de esto veinte años, me acuerdo como si fuese ahora mismo. No, no; Maria no dejará á esa buena señora, en cuya casa se halla, para servir á unos criados pícaros é infames. La Marquesa de Vernevil es una escelente señora, ya lo sé; pero ella no cuida de los asuntos de su casa. La Dupré es la que todo lo mangonea, y seria preciso que mi pobre hija estuviese todo el dia á las órdenes de esa mala muger.

Sim. Considerad qué estaria allí el señor Baron para proteger á Maria: y que si alguno se atreviese...

Elen. Será lo que Vd. quiera; pero Maria se quedará en Norville..

Sim. Vamos; es fuerza ceder á vuestro gusto: voy á decir al señor Baron que busque (*dirigiendose al foro*) otra. Sin embargo, es lástima que... Pero qué veo! ella es efectivamente. (*viendo á Maria*)

Elen. Quién es?

Sim. Maria.

Elen. Mi querida hija? (*corriendo al lado donde mira Simon*)

Sim. No me engaño... ella es.

ESCENA IV.

Los mismos, Maria en trage de aldeana, con un lio de ropa atado á la punta de un palo.

Mari. Si, si, yo soy. (*con alegria*)

Elen. Cuan contenta estoy de volverte á ver!

Mari. Buena madre mia! (*abrazando á Elena*)

Sim. Y qué, te olvidas de mí?

Marí. Olvidar á mi padrino! (*le abraza*) ya veo que no conoceis á Maria, vuestra ahijada, la que tanto os debe. Ah! esta pobre niña nunca se olvidará de vos.

Sim. Si, tal que te conozco. Siempre tan hermosa!

Elen. Y tan prudente; no es verdad?

Mari. Vaya, yo hago lo mas que puedo: cuando me siento el corazon algo inquieto y turbado, pienso en vos, y en vuestros buenos consejos. En las situaciones y lances apurados, me digo á mi misma. He aquí como mi madre y mi padrino me aconsejarian que obrase, y me decido á ello al instante: esto es lo que ha hecho que hoy volviese á vuestro lado

Elen. Qué oigo, hija mia! con que has dejado á las señoras de Norville?

Mari. Ay de mí! Sí, madre mia, las he dejado: y creo que este será el mayor sentimiento que tendré en toda mi vida. (*con emocion*)

Sim. Por ventura te han despedido?

Mari. Despedido!... No por cierto... Despedido! *(con altivez)* Una muchacha honrada que cumplia con su obligacion con el mayor gusto del mundo, y que ántes habria muerto que faltar al respeto debido á su bienhechora y á sus jóvenes señoritas...! Ellas eran tan buenas, tan humildes conmigo: la mayor me enseñaba á bordar: ¿y la otra no queria darme leccion de música? En el trabajo, en las diversiones, en todo tenia yo parte con ellas: en fin me trataban con tanto cariño, que algunas veces me creian hermana suya. No, jamas encontraré una familia como aquella, una casa mejor; y cuando pienso en ello, no puedo dejar de afligirme. (*Llora*)

Elen. Vamos, anímate; es una desgracia; *(Le toma la mano)* pero si no es por culpa tuya...

Sim. Sin duda esta desgracia no es irreparable, y yo me alegro por el señor Baron. *(aparte)*

Elen. Pero cómo te decidiste con tanta prontitud?

Mari. Ha sido necesario.

Sim. Con qué tomaste ese partido, de acuerdo con la señora de Norville?

Mari. Muy al contrario: la señora de Norville no sabrá hasta de aquí á una hora que no estoy en su casa. La anciana ama de gobierno es la que se ha encargado de entregarle mi carta, al entrar esta mañana en su cuarto: yo no podia abandonar á tan buena ama, sin esplicarle la causa de mi partida; pero estoy segura de que la aprobará.

Sim. Vamos, dínosla francamente.

Elen. Apostamos á qué es por alguna criada envidiosa?

Mari. No, madre mia, no es por eso; pero es, porque todos los Domingos en Norville se baila, y el baile atrae allí mucha gente de aquellos alrededores.

Sim. Y bien! qué es lo que te importa á tí la gente? Nada seguramente.

Mari. He aquí como os engañais. Es que entre esa gente se hallaba un jóven, muy honrado á la verdad, muy amable, muy comedido y atento; pero en fin un jóven que me hacia la corte.

Sim. Cáspita! no tenia mal gusto.

Elen. Déjela Vd. hablar. (*con impaciencia*)

Mari. Ví al principio que, engañado por mi vestido, me creia hermana de las señoritas de Norville: porque en semejantes dias ellas se divertian en vestirme y componerme por si mismas, y muchos otros, sin el señor Cárlos, se engañaban tambien.

Sim. Ola! con que el jóven se llama Cárlos?

Mari. Sí, Cárlos; no le sé otro nombre.

Sim. Y dices que es tan fino y amable?

Mari. Muy amable, padre mio (*sonriéndose*)

Elen. Pobre muchacha!

Sim. Apuesto á qué, cuando le dijiste francamente quien eres, tomaria un aire de petulancia... Ah! esos señoritos del gran tono!...

Mari. Un aire de petulancia! Pluguiese al cielo que se hubiese demostrado desdeñoso, vano, y petulante: todo el mundo me hubiera protegido contra él. Pero léjos de variar de tono, al saber que no era mas

que una pobre aldeana, aumentó el interès y cariño con que me trataba. En primer lugar, cada vez que iba á la granja á llevar la labor ô los regalos que la señora enviaba á su ahijada, el señor Cárlos estaba allí en el camino, pronto á acompañarme, y cuando nos hallábamos juntos, siempre encontraba medio para hablarme de su amor.

Elen. Debieras haberle dicho que eso te incomodaba, y que eres una muchacha demasiado honrada para dar oidos á semejantes espresiones.

Mari. Bastante lo sabe, madre mia, y hartas veces le supliquè que no pensase mas en mí: todavia hice mas; viendo que se obstinaba en seguirme siempre, no volví á salir de la quinta: entónces me escribió que iba á hacer que le presentasen en casa de la señora de Norville, y que así me hallaria obligada à verle precisamente todos los dias.

Sim. Debias amenazarle con que se lo contarias todo á tu ama, decirle en fin que te disgustaba su amor.

Mari. Esto si que no podia decírselo, padrino mio.

Sim. ¿Cómo, no podias decirle: caballero, dirija Vd. sus obsequios á personas de su rango, yo nunca amaré sino á un hombre de mi clase?

Mari. Era imposible, padrino mio.

Sim. Pues ahora te nos sales con esto? Con qué ese jóven quiere seducirte, perderte, y no tienes ánimo para manifestarle el desprecio que te inspira?

Mari. Qué quereis que os díga! (*algo turbada*) Si yo no le desprecio.

Sim. Ah! le amas tal vez?... (*Maria con un ligero movimiento de cabeza indica que sí*) Lo hubiera apostado!

Mari. A no ser así, huiria yo de él?... Ah! no me acuseis. Si supieseis cuanto he hecho para alejarle de mi lado, para impedirme á mi misma el amarle! Primeramente tomaba á risa sus lisonjas y las protestas de su amor: luego me enfadaba: le decia que hacia muy mal, que no era accion digna de un caballero el querer seducir á una jóven honrada que no contaba con mas bienes que con su vírtud. Si sospechasen que doy oidos á vuestras majaderias, le añadia, perdiera al instante la proteccion de la señorita de Norville, me echarian de su casa, y mi anciana madre moriria de sentimiento: porque, cuanto mas pobres somos, tanto mas apreciamos el honor.

Ælen. Hablabas como un ángel, hija mia.

Sim. Y él sin duda no supo que responder à eso?

Mari. Si tal, padrino mio: yo deshonrar á Maria, (esclamó:) engañar á la persona que amo mas en el mundo? No lo permita el cielo! Tú sola, tu felicidad es lo que deseo. Dime en donde habita esa buena madre, de quien has recibido todas las virtudes; yo iré á pedirle tu mano: sí, quiero ser hijo suyo... y me apretaba la mano; y me suplicaba que no le arrastrase á la desesperacion con una cruel negativa... Ay! si supieseis como ruega!

Sim. He aquí como son todos. Las promesas

nada les cuestan en semejantes casos!.., Y bien! tú le diste un no, y no se ha muerto?

Mar. No; pero se puso tan triste, tan melancólico, que lloraba yo al verle. Por esto tomé el partido de volverme aquí sin decirle nada. La señora de Norville es la ùnica que sabe la causa de mi marcha: ¿que quereis? no habia medio de hacerlo de otro modo,.. Yo, yo no estaba ya en mí... oyéndole acusarme de indiferencia, de tener un corazon desapiadado... tenia los labios abiertos para decirle; « porqué no sois tan pobre como yo?" ¡ Y si él una vez sola hubiera conocido!... Ay Dios mio! nada hubiera podido separarle de Maria. Harto me convencí de que era preciso huir de él, para no descubrirle mi secreto; y así es que partí antes de amanecer, para que nadie viese mis làgrimas.

Sim. Vamos, pronto te harémos olvidar esa pesadumbre: en primer lugar no debes echar ménos tu colocacion, por que hoy mismo se te presenta otra mejor.

Elen. Ay! preciso será apelar á ella, pues estamos sin ausilio.

Mari. Otra mejor? es imposible. Pero en fin, si me sumînistra los medios de alimentar á mi madre, la tomaré con placer. A quién voy á servir?

Sim. A una escelente señora, á la hermana del señor de este pueblo: bien es verdad que tiene á su lado una mala muger que es la que todo lo manda, pero èstá tranquila, nada tendrás que sufrir. El señor Baron lo ha prometido. A mas de que, hija mia, en tu estado es preciso sa-

ber resignarse á algunos sacrificios.

Mari. Despues del que acabo de hacer, (*con tristeza*) ninguno debo temer ya, y podeis salir garante de mi docilidad.

Sim. Pero no basta con resignarte; es preciso que lo hagas con alegria. El señor Baron cuenta con tu juventud, con tu jovialidad, para distraer á su hermana de la tristeza que la oprime, y quiero que cuando estés leyéndole á tu ama no pienses en otra cosa. Quiero, en fin, que te encuentren linda y amable, y que puedan decir: todo se lo debe al tio Simon.

Mari. Seré todo cuanto querais, padrino mio: (*enjugándose las lágrimas*) hasta reiré, si es preciso. Esto es lo menos que puedo hacer para corresponder á vuestras bondades.

Sim. Muy bien; voy pues ahora mismo á preguntar al señor Baron cuando podré presentarte á su hermana. Pero asi no estás bien. No tienes otro vestido?

Mari. No, de veras; pobres como somos, no podia ponerme aquí los vestidos que llevaba en Norville, y he vuelto á tomar los de aldeana. Si hubiese sabido vuestro proyecto, hubiera traido el hermoso trage que me regaló mi ama... Me caia tan bien! Me lo habia puesto el dia en que me vió él por primera vez.

Sim. Basta, no hablemos mas de ese Cárlos: á pesar de sus brillantes discursos, no puede casarse contigo, y aun cuando se decidiera á hacerlo, no por esto serias menos infeliz: porque, si llegases á ser una gran señora, pronto te obligarian á renunciar-

nos y á desconocernos, á nosotros que no somos tus padres sino por haberte criado é instruido: y yo te conozco á fondo, tú jamás podrias tolerar el vernos despreciados.

Mari. No, nunca. — Decis bien; (*tomándole la mano*) no hablemos de eso. (*queda como pensativa*)

Elen. Recomiéndesela Vd. bien al señor Baron. (*á Simon*)

Sim. Confiad en mí; yo sè como se manejan estos asuntos; pero la pobrecilla debe estar fatigada, hacedla descansar un rato: no me detendré mucho en la quinta. (*vase por las verjas.*)

Elen. Vamos, ven (*á Maria que continua pensativa*) hija mia; estoy satisfecha de tí: y no dudo que el cielo recompensará tu buena conducta· (*viendo que Maria no la oye*) vamos, ven acá.

Mari. Perdon, madre mia, (*saliendo de su distraccion*) aquí estoy. Si, no pensemos mas en él. (*ap.*)

(*Entrase en la casa de Elena*)

Elen. Qué distraida! se ha olvidado el lio. (*volviendose y viendo el lio que sacó Maria*)

ESCENA V.

Elena, German.

Ger. Oiga Vd., señora Elena; (*deteniendo á Elena*) ha visto al tio Simon? le ha hablado á Vd. de su hija?

Elen. Oh! Si señor; acaba de ir á llevar nuestra contestacion al señor Baron: mi hija

dentro de dos horas estará en la quinta. El cielo la proteja! (*aparte*)

Ger. De veras? me alegro mucho: esto va á divertir un poco la casa.

Elen. Oiga Vd., señor German: Vd. me parece un mozo honrado: impida Vd. el que el señorito su amo atormente á mi hija, porque, corre la voz por el lugar, de que es algo aficionadillo á las muchachas lindas.

Ger. Pierda Vd. cuidado. señora Elena: yo estaré allí, y dificil le serà encontrar momento para decirla chicoleo alguno; aunque tampoco es de temer eso, porque el señorito está muy enamorado para pensar en niñerias.

Elen. Ola! De veras? Pues lo celebro mucho.

Ger. Vamos, cuente Vd. con que yo seré el protector de su hija, y procure Vd. enviárnosla pronto. (*Elena entra en su casa*)

ESCENA VI.

German solo.

Ger. Yo no sé porquè; pero sin conocerla, le tengo un interés tan vivo á esta muchacha!... Siempre he tenido aficion á las mugeres que saben leer... Esa es hermosa, pobre, y se creerá demasiado feliz en amarme....

ESCENA VII.

Saint-Elme, German.

St-Elm. German? German? (*con impaciencia*)

Ger. Señor.

St-Elm. Y bien, pícaro! hace una hora que te estoy llamando, puedes dejarme en esta impaciencia? Haz ensillar dos caballos.

Ger. Voy corriendo: pero, señor, (*sobresaltado*) ¿qué es lo que ha sucedido?

St-Elm. La mayor de las desgracias: estoy desesperado: ella ha desaparecido de la quinta!

Ger. Quièn, vuestra señora tia?

St-Elm, No, no; la que yo adoraba, Maria, aquella sin la cual no puedo vivir. Ingrata! Huir de mí en el momento en que lo iba á sacrificar todo por ella!

Ger. Cómo! aquella muchacha de Norville?

St-Elm. Partió de allí esta mañana antes de rayar el dia. Nadie sabe dónde ha ido. La señora de Norville ha impedido el que nadie fuera en busca suya. Todas las gentes de la casa lloran al hablar de esta marcha, me acusan á mí de ella, y me echan en cara la miseria en que va á perecer. De ninguno de ellos he podido conseguir la menor esplicacion, el menor indicio; pero yo sabré buscarla, yo la encontraré, yo descubriré su retiro. Parte corriendo á Norville, pregunta á todos los mendigos que hay en el camino, si la han visto pasar.

Ger. Si cuasi todos son ciegos!

St-Elm. No importa, ya la conocen; da, ofrece dinero, dí que haré la fortuna de cualquiera que me dé noticia del paradero de Maria. Yo voy tambien por otro lado á recorrer todos estos alrededores. No podrá librarse por mucho tiempo de mis indagaciones y pesquisas. No habrá violencia de que no sea capaz, para llegar á donde ella está, y llenarla de reconvenciones.

Ger. Mal medio es este, señor: si mete Vd. tanto ruido, todos se disputarán el honor de poner á esa jóven al abrigo de sus persecuciones. Su tio de Vd. se incomodará. Vd. recibirá pronto la órden de volver á su guarnicion, y una vez acuartelado, á Dios amoríos de la aldea.

St-Elm. Es verdad; mi tio tiene (*reflecsionando*) un carácter inflexible, y me ha amenazado ya: pero tengo en la idea el que la marquesa de Vernevil tomaria mi defensa, si me franquease con ella.

Ger. Guárdese Vd. de hacerlo. Los parientes inmediatos siempre se ponen de acuerdo contra los proyectos de los sobrinos. Le tratarian á Vd. de insensato, de seductor; y para impedirle el cometer una locura, llegarian tal vez al término de mandar encerrar entre cuatro paredes al objeto de su amor.

St-Elm. Cielos! Me estremezco de pensarlo! Ah! salvémosla de su persecucion... Si, es necesaria la prudencia; seguiré tus consejos; sabré reprimirme.... Pero volvamos en su busca. (*Animándose por grados*) es preciso que la encuentre, que me la vuel-

van, ó yo no respondo mas de mi mismo. (*vase.*)

Ger. Irle (*ap. siguiendo á su amo*) á hablar á un amante de prudencia,... ¡qué locura la mia!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO II.

El teatro representa una sala de la quinta del baron; al lado derecho habrà una mesa, y encima de ella varios libros.

ESCENA I.

Madama Dupré Simon.

Mad. Esto es imposible, señor Simon: German le ha engañado á Vd., jamás lo consentirá mi señora la marquesa. Tomar para doncella á una muchacha de diez y siete años? Qué quiere Vd. que haga de ella? Esa chica aun nada sabe....

Sim. Esa chica sabe leer perfectamente, (*incomodado*) señora; y si es cierto que mi señora la marquesa está cansada de oir tartamudear todos los dias...

Mad. ¿Qué es lo que llama Vd. tartamudear? Sepa Vd. que yo soy quien le lee los periódicos todas las mañanas, y que muy lejos de quejarse, jamás me habla la menor palabra.

Sim. Lo creo muy bien: pero eso debe fatigarla á Vd., y sin duda solo con el objeto de quitar á Vd. esa molestia...

Mad. Yo no quiero que se me quite esa ni otra alguna: hace veinte años que tengo el honor de estar al lado de mi señora la marquesa, y desde entónces nunca ha querido ella que la sirviese otra que yo. Co-

nozco su génio, su carácter; sé lo que la divierte, y la desagradable impresion que causa en ella la vista de toda muchacha jóven: vamos, le afirmo á Vd. que ni siquiera querrá oir hablar de su ahijada.

Sim. Lo siento, señora; pero para creerlo, es preciso que el señor baron me lo diga.

Mad. Bien, (*queriendo llevarle ácia la puerta*) enhorabuena: vuélvase Vd. á su casa, y yo misma iré á comunicarle las órdenes de mi señor.

Sim. Cachaza, señora; yo no salgo de aquí, sin haber hablado antes con el señor baron.

Mad. Qué hombre tan testarudo! (*ap.*) Pues no puede Vd. quedarse en esta sala, porque vá á pasar á ella mi señora. Váyase Vd. le digo.

Sim. Y con qué derecho quiere Vd. echarme de aquí? Estoy en casa del señor Baron de Saberny; tengo que hablarle, y no me voy.

ESCENA II.

Los mismos, el señor baron al paño, escuchando.

Mad. Qué insolencia! *ap.* (*á Simon*) Cuando le digo que el señor baron no está aquí, que nada tiene que tratar con Vd., ni con esa tontuela que quiere regalarnos el señor German, Dios sabe con que fin: en fin, cuando digo que el señor baron no quiere....

Bar. Cuando dice Vd. (*dirigièndose* á ella) todo eso, no habla Vd. mas que dispara-

tes. Simon tiene razon ; yo le mandé llamar, y me disgusta mucho que en mi casa se reciba de este modo á un hombre á quien estimo y á quien aprecia todo el lugar.

Sim. El señor baron me honra mas de lo que merezco: esto es lo que decia yo. El señor baron me ha hecho preguntar por mi ahijada: con qué claro está que quiere verla.

Bar. Sin duda, y la traes contigo?

Sim. No señor, pero voy corriendo á buscarla.

Bar. Vè, y cuenta con que si tu ahijada (*á Simon*) se porta bien, procuraremos hacer por ella todo lo posible.

Sim. Ah señor! Sea V. S. su protector, y no temeré jamás el verla desgraciada.

ESCENA III.

El baron, Madama Dupre.

Mad. Maldito pedante! (*ap.*) Permítame Vd., señor; yo nada quise decir delante de ese hombre, porque cree que tengo un particular interés en que no sea admitida su ahijada al servicio de mi señora la marquesa. Líbreme el cielo de alejar de su lado à persona alguna que pueda serla agradable! Yo, que hace veinte años que no procuro mas que prevenir sus deseos, que he trasnochado tantas veces para velarla en sus achaques.... (*hace pucheros.*)

Bar. Si, si, conocemos la adhesion que la teneis; pero bastantes pruebas os ha dado de su reconocimiento.

Mad. No me quejo de eso, señor; y no deseo mas que acabar mís dias al lado de tan buena ama; pero la conozco á fondo, ella se complace en su enfermedad, y cuanto Vd. imagina para distraerla, aumenta su tristeza en tales términos que ha resuelto volverse á Paris mañana mismo.

Bar. Cómo? Mi hermana qniere *(con prontitud)* abandonarme?

Mad. Para evitarle á Vd., segun dice, el disgusto que le causa el verla en tal estado, y las molestias que Vd. se toma por aliviárselo. Con qué así, ya vé Vd. que es inútil.

Bar. No; yo la impediré el que huya de mí: soy el único amigo que le queda, y la obligaré á admitir mis cuidados y los de mi sobrino. Bastante tiempo la hemos dejado entregada al mal que la aniquila. Yo sabré la causa de él, y le venceremos.

Mad. Ah señor! Por Dios no le pregunte Vd. nada sobre este punto. Seria ponerla en un completo delirio. Aun me acuerdo del estado en que la ví por haberme atrevido á preguntarla qué era lo que la afligia. Esto es muy natural, no sabe que responder, porque su enfermedad está en parte en la imaginacion.

Bar. No, un mal tan tenaz no es imaginario, y tal vez vos misma sabeis...

Mad. Yo, señor, nada, nada sè. (*con prontitud*)

Bar. Es preciso... (*observando la turbacion de madama Dupré)* Sí;... de ella sola quiero.. Pero la oigo venir; dejadnos solos.

Mad. Procuremos interrumpir (*ap. yendose*) cuanto ántes esta conferencia.

ESCENA IV.

La marquesa, (*sale distraida y pensativa, caminando muy poco á poco*). *el Baron.*

Bar. Pobre hermana mia! (*observando á la marquesa*) Tan amable, tan hermosa aun, y verla aniquilarse y sucumbir á su melancolia! Qué es lo que acabo de saber, querida (*á ella*) Matilde? Con qué quieres dejarme? El puro y tierno afecto de un hermano no es bastante á endulzar tus penas?

Mar. Ay! Ese mismo afecto las aumenta todavia. Yo me acuso á mi misma de corresponder tan mal á vuestros cuidados, á vuestras atenciones, y no obstante están impresas en mi corazon; pero, lo veo, las diversiones, la alegria que vuestros beneficios esparcen en estos sitios, han hecho lugar á la tristeza que me persigue. Todos se resienten de la inquietud que os causo; y solo para devolveros la paz y la felicidad, de que os he privado, quiero alejarme de aqui; consentid en ello, hermano mio.

Bar. ! Yo consentir en separarme de mi hermana, cuando nunca me ha sido tan necesaria como ahora su amistad! Porque tambien tengo yo mis penas; y mas franco que ella, esperimentaré algun alivio en confiárselas.

Marq. Pues qué pena es la que puede afligiros así?

Bar. La conducta de mi sobrino.

Marq. Cómo! La de ese hijo que nuestra moribunda hermana confió á vuestra ternura? Saint-Elme ha cometido alguna falta?

Bar. Si, todas las faltas de un ingrato que desconoce los derechos que me dan sobre él veinte años de cuidados paternales, y que está meditando en este mismo momento la ruina de su familia.

Marq. Saint-Elme querer deshonrar un apellido que ha ennoblecido ya con su prematuro valor! ¿Cual puede ser la causa de su estravío?

Bar, Ha encontrado en las inmediaciones de esta quinta una muchacha aldeana, que ha querido hacerse con él la desdeñosa, y, no habiendo podido seducirla, ha resuelto casarse con ella: ¿no es esto un delirio? darnos por sobrina una muger de tal clase!

Marq. Una muchacha sin educacion!

Mar. Oh! en cuanto á esto, si se ha de dar crédito á Saint-Elme, la muchacha es un prodigio. Criada y educada al lado de una respetable protectora, posee todos los talentos, todas las gracias, todas las virtudes; en fin, es una de aquellas raras perfecciones que la naturaleza jamas produce sino para los amantes. Pero yo tambien estuve enamorado en mi juventud, y sé lo que hay que pensar de esas heroinas de novela.

Marq. Has hecho presente á Saint-Elme los perjuicios que puede acarrearle semejante enlace?

Bar. Advertencias, consejos, ruegos, todo lo empleé, pero en vano. Mas he jurado

desheredarle, si se atreve á casarse con ella sin consentimiento mio.

Marq. Ay hermano mio! qué has hecho?

Bar. Lo que hubiera hecho su padre mismo.

Marq. Si supieseis los escesos, á que la (*con fuego*) severidad de un padre puede arrastrar á un hijo, cuyo culpable amor....

Bar. Sé que el honor es ántes que todo; (*con tono severo*) y que tolerar semejantes estravios, es hacerse cómplice en ellos.

Marq. Ah! teme mas bien las resultas de un rigor escesivo: evita á Saint-Elme el que se avergüenze de sí mismo: evítale este terrible tormento, que ni el tiempo ni los cuidados pueden apaciguar! Tu desgraciada hermana es quien te lo suplica.

Bar. Cómo! eres tú, Matilde, quien aboga por su deshonra? Ah! no: trata mas bien de hacer que ese insensato vuelva á la razon, á su deber.

Marq. Quien!... yo?...

Bar. Píntale los disgustos, los sentimientos que llevan tras sí esos casamientos novelescos, el desòrden que de ellos resulta en las familias.

Marq. No tengo derecho para ello. (*como fuera de sí*)

Bar. Què veo! Pierdes el color! (*yendo á sostenerla*) Querida Matilde!

Marq. Nada es, nada: un dolor subitáneo... (*volviendo en sí*) Pero ya lo ves, hermano mio; este estado de padecer parece que se me aumenta... Permíteme que me vaya.

Bar. Qué idea!... Olvidaste de que es aquí en esta quinta, donde pasamos los años mas hermosos de nuestra vida?

Mar. No, este lugar me mata. (*con horror*)
Bar. Cielos! Y què es lo que te recuerda?
Mar. Una horrible memoria...
Bar. Me llenas de espanto... Matilde!
Marq. Todo me renueva un crímen... Ah¡ qué he dicho? (*dando un grito de terror*) Piedad, piedad de la turbacion de mi alma!... No creais,... no...
Bar. No; nunca creeré que mi hermana sea delincuente. Pero un cruel secreto oprime tu corazon: en nombre del cielo, confíaselo á tu hermano.
Marq. Jamás: no me queda en el mundo otra estimacion que la suya.
Bar. Y no la perderás nunca.
Marq. Soy indigna de ella, os lo digo.
Bar. Descúbreme el tormento que te persigue.
Marq. Por esta palidez, por este temblor involuntario que sin cesar me agita, no podeis penetrarlo? Ay! solo un tardío arrepentimíento puede sumergir el alma en tan funesto estado.
Bar. Habla; sea cual fuere la causa hallarás la disculpa en mi corazon.
Marq. Si fuese esto (*echándose en los brazos de su hermano*) verdad, hermano mio!
Bar. Anímete esta esperanza.
Marq. Sí, tú me perdonarás... He padecido ya tanto! Pero como podré confesar sin morir de vergüenza...?
Bar. Lo has prometido, y lo exige mi ternura.
Marq. Pues bien! Sabe que ese amigo, cuya pérdida lloras aun... Alberto...
Bar. Qué, ese jóven que murió en el ejército, á quien amaba yo como mi hermano?

Marq. Ese título lo tenia en efecto. Unido secretamente con tu hermana, esperaba solo á que una accion heroica le permitiese declararse yerno del padre mas orgulloso, cuando la muerte le arrebató.

Bar. Era tu esposo?

Marq. Ay de mí! En la desesperacion en qué quedé sumergida, quise al principio confesárselo todo á mi padre; pero su implacable severidad me contuvo, y los consejos de Madama Dupré me quitaron muy luego toda idea de hacerlo. Os matará, me decia: y yo temia ver cumplida su perdicion, porque ya no era mia mi vida: una prenda muy cara me obligaba á cuidar de ella, y resolví snbstraerla á la indignacion de mi padre: durante este tiempo concedió él mi mano al Marqués de Vernevil. En el horror que me inspiraba semejante enlace, hice consultar secretamente los medios de oponer á él el auto formal que me unia con Alberto: pero este auto, falto del consentimiento de mi padre, era nulo delante de la ley; y valerme de él como un derecho, era publicar mi deshonor. Entregada á tan crueles tormentos, una fiebre ardiente se apoderó de mí, reusé todo socorro, devore mis penas, y cuasi moribunda dí á luz una hija:... una hija, que es el objeto de mis contínuos remordimientos! (*Se encubre el rostro con las manos*)

Bar. Desgraciada madre! (*con terneza*) ¿Porqué no me confiaste este secreto?

Marq. Ausente dos años habia, no debiais volver hasta mi matrimonio; y no tenia

entónces otra guia, otro socorro que esa muger, á quien mi padre habia colocado á mi lado, y que era la única confidenta de mis penas: no puedo acusarla; y sin embargo, á su prudencia, á su celo debo todos mis males. No sabiendo que resolver en aquel terrible momento, y temiendo á cada instante verse sorprendida por la llegada de mi padre, Madama Dupré no titubeó en decirme que era preciso alejar á mi hija de mí... Tuve la debilidad de consentir y... Ay! jamas la he vuelto á ver!

Bar. El cielo puede restituírnosla aun.

Marq. Jamás... La muerte siguió al abandono. Entregada á manos mercenarias, supe que la infeliz habia sucumbido á la enfermedad, á la muerte tal vez: ¿quien sabe si Madama Dupré me engañó? Si temiendo la venganza de mi padre... Acaso horribles sospechas... Ah! hermano mio! yo quebranté el mas santo de los deberes: el cielo castigó mi delito con el terrible enlace que me fué fuerza contraer, con diez y siete años de angustias y de remordimientos. Pero no:... nada hay que pueda absolverme de tal crímen, y ya lo estoy viendo: tú tambien participas del horror que á mí propia me inspiro.

Bar. ¿Y qué culpa no puede espiarse con tantos años de amarguras!... Lo que no ha podido conseguir tu arrepentimiento, lo obtendrá mi ternura; ayùdame á convencer á mi sobrino, á fijarle para siempre á nuestro lado, á elegirle una digna compañera que reemplace á la hija à quien lloras; vamos, no me niegues este favor.

Marq. Si! Consagrándote el resto de mis dias, quiero hacerme digna de esta tierna indulgencia que me manifiestas. (*se oye ruido*)

Bar. Alguno llega; sosiégate.

ESCENA V.

Los dichos, Madama Dupré, Simon, Maria.

Mad. Aquí están el señor Simon y su discipula que á la fuerza quieren entrar.

Sim. Disimule el señor Baron, (*entrando á pesar de la Dupré*) si le incomodo: pero como V. S. me habia mandado volver al ínstante...

Bar. Ola! Eres tú, Simon?

Sim. Y mi ahijadita, señor: vamos, (*á Maria.*) acèrcate, Maria.

Bar. Aguardad un momento, (*á Simon y á María*) amigos mios: esta es la (*acercándose à la Marquesa.*) muchacha de quien te hablé; consiente en recibirla.

Mar. Si tú lo quieres... Pero Madama Dupré me ha dicho que no podia convenirme.

Bar. Se ha engañado: mira, ella misma es quien te la presenta: acércate, (*á Maria*) hija mia... Vaya, y porqué tiemblas?

Mad, Qué aire tan picaresco! (*de modo que lo pueda oir la Marquesa que está abismada en sus reflecsiones.*)

Bar. Amigo, es efectivamente muy (*á Simon*) hermosa tu ahijada.

Sim. Oh! Si señor que lo es; pero no tenga (*inquieto,*) V. S. cuidado por esto, se-

ñor Baron, porque es la muchacha mas inocente y honrada.

Mad. Yo lo creo bien, á su edad! (*con sequedad.*)

Bar. Me han dicho que habiais servido (*á Maria*) en casa de una señora respetable?

Mari. Si señor, entré en ella cuando tenia catorce años.

Marq. Acèrcate, hija mia: (*saliendo de su distracion*) cómo te llamas?

Mari. Maria.

Marq. Naciste en esta aldea?

Mari. Si señora.

Sim. Es hija (*procurando interrumpir las preguntas de la Marquesa*) de la tia Elena, que la ha hecho educar con el mayor cuidado.

Mari. Gracias á la generosidad de mi padrino: á no ser por él, ambas hubiéramos perecido.

Sim. Basta, basta; esto no vale la pena de que se hable de ello: yo la enseñé á leer, á escribir... Miren Usias que lindo mérito!

Mad. Esto va muy bien: pero la señora ya sabe que hay otros quehaceres en la casa: digame Vd., niña, sabe Vd. coser, bordar?

Mari. Un poco, Señora.

Mad. Pues si tengo yo de encargarme de vuestro aprendizage, tanto os valdria hacerlo antes de entrar aquí.

Mari. Tiene Vd. razon, señora; (*asustada y queriendo irse*) no me juzgo capaz de poder...

Bar. No, no; quedáos, hija mia. (*deteniéndola*)

Mar. Vos la intimidais; habladla (*á la Dupré*) con mas dulzura.

Mad. Lo que yo digo no es sino por el interés de mi ama: aun es preciso saber con quién se trata: pregúntele (*en voz baja á la Marquesa*) Vd. porque motivo se ha ido esta mañana de casa de la señora de Norville?

Mar. Si. Muy sensible os habrá sido (*á Maria*) dejar esa bienhechora, a quien manifestais estar tan agradecida.

Mari. Oh! Si señora; (*con la mayor conmocion*) toda mi vida lo sentiré.

Mar. Pues cómo la habeis abandonado, cuando os unian á ella tantos beneficios? Decid, porqué motivo?

Mari. Señora... yo... (*turbada*)

Mad. Repare Vd. su turbacion. (*A la Marquesa*)

Sim. Señora, bástele á V. S. saber que Maria me ha confiado la causa de su salida de Norville, y que yo la apruebo: crea V. S. que Simon no es capaz de engañarla.

Mad. Ya sabe una lo qué pensar de esa clase de reservas.

Bar. Señora Dupré! (*no pudiendo contenerse*)

Marq. Ah! no la incomodes... (*al Baron, en voz baja*) Cruel dependencia! (*ap.*)

Mari. Señora, hágame V. S. la gracia de no interpretar mal mi silencio, (*á la Marquesa*) y dígnese preguntarlo á madama de Norville: ella lo aclarará todo, y V. S. verá si puedo convenirla. Hasta entónces pido permiso para retirarme: ayudarè á mí madre, me resignaré, si es preciso, á

las mas duras penalidades y fatigas; pues nunca, nunca podria quedarme en una casa, dónde se sospecha de mi conducta, ni sufrir humillaciones que no merezco. (*Llora*)

Marq. Me traspasan sus lágrimas... (*conmovida*) No lloreis, querida mia; nadie trata aquí de humillaros. ¿Hay nada mas amable en el mundo que una hija que trabaja por aliviar á su madre? Vamos: el Cielo bendice á los buenos hijos; vos sereis feliz. Tomadla á vuestro cuidado, (*á la Dupré*) parece que tiene un carácter dòcil, y estoy segura de que os dejará contenta.

Mad. Si V. lo manda... Péste con la niña. (*ap.*)

Bar. Ademas de esto, aquí no se trata de una doncella que sepa hacer todas las labores de una casa; lo que se necesita es que sepa leer.

Sim. En cuanto á esto, señor Baron, Maria está en estado de dejarles á V. S. contentos; y si quieren hacer la prueba...

Bar. Decís muy bien; me alegraré mucho: vamos, aquí hay libros: tomad uno cualquiera.

Mari. Ah, padrino mio! tengo tanto miedo! (*á Simon*]

Sim. Vamos, vamos, ánimo. (*yendo á la mesa á buscar un libro*)

Mari. Es por esta mala muger... (*señalando á la Dupré*)

Sim. No le hagas caso. (*hojeando los libros*) Toma, hé aquí un librito muy hermoso.

Bar. En efecto; es una coleccion (*tomando el libro de las manos de Simon*) de poesías

que acaban de enviarme. Vamos, la primera que salga, y tranquilizáos, hija mia... Empezad, que ya escuchamos.

Sim. Claridad, claridad sobre todo. (*ap. á Maria*)

Mari. «La niña abandonada—Elegia." (*Lee*)

ESCENA VI.

Los mismos, y Saint-Elme.

St-Elm. Perdonen Vds.; ya veo que están ocupados.

Mari. Qué oigo! (*ap.*)

Bar. No, quédate, y guarda silencio. (*Deteniéndole, Saint-Elme pasa á colocarse al lado de Simon, Maria se inmuta al verle.*)

Mari. Ay Dios mio!

St-Elm. Ella! que felicidad!

Mari. Perdonen Usias, yo... (*muy conmovida*)

Bar. Que es lo que teneis?

Mari. Perdonen Usias... No puedo continuar.

Sim. Disimule V. S.; está temblando como una azogada: vamos, ten mas espíritu. (*ap. á Maria*)

St-Elm. Tranquilizáos señorita; sino yo...

Bar. Tú tienes la culpa, has venido á interrumpirla en el momento en que empezaba.

St-Elm Vá á descubrirlo todo. (*ap.*) Yo me retiro. (*alto*)

Sim. No, no: es una conmocion momentánea, que ya se le pasará.

Marq. Mirad cuan pálida está; parece que la dé un desmayo; no exijais...

Bar. Si tal, que venza este primer temor.

St-Elm. Por favor, continuad, Señorita, ó se creerá que interrumpiéndoos, mi llegada es la causa de vuestra turbacion, y lo sentiria en el alma.

Bar. Sin duda, evitadle una reprehension.

Mari. Obedezco. (*Mirando á Saint-Elme*(Ah padrino mio, Si Vd. supiese!... *á* (*Simon*)

Sim. Vamos; para animarte, piensa en tu madre.

Marq. Y sed mas confiada.

Mari. (*Lee*) Huyo del triste sueño
Al que ilusion alguna no acompaña:
Al sonreír la aurora,
Salgo de mi cabaña;
Y al tierno pajarillo,
Trinando dulcemente en la montaña,
Oygo; y al punto veo,
Cómo su madre va de ramo en ramo,
Saltando á su reclamo,
En su pico trayèndole el sustento...
Y lloro de placer y sentimiento!

Bar. Ola! lee perfectamente.

Sim. No se lo dije á Usía?

Marq. Me es tan agradable su voz! No la interrumpais.

Mari. (*Lee*) Infeliz!... ¿Qué delito,
Para no tener madre he cometido?
¿Porquè no soy igual al pajarito,
Cuyo nido tranquilo
Ondea entre las ramas de aquel tilo?...
Nada en el mundo, nada hay que posea;
Y no me pertenece cosa alguna....
Ni tengo madre, ni hé tenido cuna:
Pues soy una infeliz, abandonada
En el umbral del templo de la aldea."

Marq. Dios mio! Qué oigo! (*ap.*)

Mad. Qué dice esta muchacha? (*ap.*)

Mari. (*continuando su lectura con una voz sumamente conmovida.*)

Y léjos de los brazos
De mis queridos padres desterrada,
De sus tiernos abrazos
Ignoro la dulzura... Desdichada!
Ni hay en el valle jóven, ni aldeana,
Que me llame jamás su dulce hermana...
Contemplar suelo aquella piedra fria,
En dónde dió principio dolor tanto,
Buscando en ella la señal del llanto
Que vertièra tal vez la madre mia.

Marq. Justo Dios! (*ap. y fuera de si*)

Mari. (*Continua leyéndo, interrumpiéndole los sollozos la voz*).

Catorce primaveras he llorado,
Léjos del seno que de sí me ha echado...
Cielos, termíne ya penar tan fiero!...
Madre mia, volved... que aquí os espero...
En esta piedra... dó me habeis dejado.

(*Maria se deshace en lágrimas: Simon la sostiene*)

Bar. Acabad... basta ya. (*con viveza*)

Marq. Alejadla de aquí... ¿Qué es (*fuera de si*) lo que se atreve á revelar?

Bar. Matilde! Cielos! (*corriendo á la Marquesa*)

Marq. Dejadme... (*dirigiendose á la puerta*) Impedid que se me ultraje... El cielo tiene derecho solamente... No os acerqueis á mí, repito... Alejadla de aquí... Esto es demasiado sufrir... Yo fallezco! (*Cae en los brazos de Madama Dupré en el momento de entrar en su cuarto: El Baron y Saint-Elme acuden á socorrerla.*)

ESCENA VII.

Maria, y Simon.

Sim. Maldito libro! Porqué diantres le he ido á elegir?... Pero, quién podia pensar hallar en èl esa historía? (*se enjuga los ojos*)
Mari. Ay Dios mio!... Todo á la vez me abate... Tened compasion de mí... Era él.
Sim. Y quién es él?
Mari. El, Cárlos.
Sim. Y donde está?
Mari. Estaba allì, me ha conocido al instante.
Sim. Ay Dios mio! esta muchacha pierde el seso.
Mari. Volvamos à casa de mi madre: conviene que yo la hable...
Sim. Aguarda un poco: (*deteniéndola*(sepamos antes al ménos...
Mari. Venga Vd.

ESCENA VIII.

Los mismos, Saint-Elme.

(*Saint-Elme corriendo á Maria.*)
St-Elm. Maria! una sola palabra.
Mari. Déjeme Vd. (*En la mayor agitacion*)
St-Elm. Ah! no huyais otra vez de mi, ó temed mi desesperacion.
Sim. Qué viene á ser esto?
Mari. Sáqueme Vd. de aquí (*á Simon*)
St-Elm. Guardáos de obedecerla: (*Ahora sa-*

le la madama Dupré) sabed que la adoro, que he jurado ser su esposo, y que se acerca el momento en que voy á ver colmados mis deseos: mi tio ha visto á Maria, y estoy seguro de que me perdonará: dadme tiempo para apaciguarle, nada sabe aun, evitad...

Mad. Pues lo sabrá todo. (*Acercándose.*)

Todos Cielos!

Mari. Señora, no piense Vd... (*pasmada*)

Mad. Basta: mi ama está descansando, y el señor Baron me ha prevenido que no hubiese ruido en esta sala: idos de aquí.

St-Elm. Si hablais una sola palabra...! (*á la Dupré*)

Mad. Ah! Ah! Con qué era vuestra querida? (*á Saint-Elme*)

St-Elm. Os atrevereis por ventura...?

Mad. Silencio!

Sim. Vámonos.

Mari. Ah Cárlos! Vd. me pierde.

St-Elm. No, yo voy à arrostrarlo todo por Maria. (*Vase por un lado, y Maria y Simon por otro.*)

ESCENA IX.

Madama Dupré sola.

Mad. Hé aquì un medio para qne no vuelva á poner aquì los pies: ya era tiempo: su presencia me causaba yo no sé qué desazon... Y si no estuviese segura... No importa... Dispongámoslo todo, para salir cuanto ántes de esta maldita quinta.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO III.

La misma plaza que en el primer acto.

ESCENA I.

Elena, Maria.

Ele. Con qué le has encontrado allí!

Mari. Ay! si, madre mia: aquel por quien abandoné á mi bienhechora, ese Cárlos me habia ocultado su verdadero nombre. Es el sobrino del Señor Baron de Saberny y de la señora Marquesa de Vernevil, de esa señora á cuyo lado queriais colocarme. Ah! ántes morir que quedarme tan cerca de él,... que oirle de nuevo jurarme tanto amor! Pero sin duda aquella muger lo ha descubierto todo, y puede ser, en este momento, está él sufriendo la cólera de su tio... Puede ser que yo misma, indignamente sospechada de haberme introducido por cautela en su casa, me veo vilipendiada, cubierta de ignominia...! Ah madre mia! Cómo tolerar tanta injusticia?

Ele. Tranquilízate hija mia; el señor Baron es un hombre de juicio; y cuando sepa la verdad, nos vengará del mal que te hayan hecho.

Mari. Y cómo quereis que la verdad llegue á sus oidos? Aquel encuentro,... mi turbacion,... todo me acusa: y aun cuando intentase justificarme, ¿no está allí por ventura

aquella vívora que lo impediria? Si supieseis como ha tratado á mi padrino, por haberme hecho leer aquellos versos delante de la señora. Ay de mí! Yo he sufrido mas que ella.

Ele. ¿ Y es posible lo qué me has dicho de que aquellos versos eran la historia de tu nacimiento?

Mari. Tal como vos me la contasteis.

Ele. Y qué es lo que has hecho al ver retratada en ellos tu miseria?

Mari. He llorado: pero todos lloraban tambien por la suerte de la niña abandonada, sin adivinar que ella estuviese allí. Ah! este cruel abandono es sin duda la mayor de las desgracias, pues puede escitar tan profunda compasion.

Ele. Con qué ya no soy tu madre? [*afligida*]

Mari. Yo te ofendo, madre mia!

Ele. Si me amas aun, no te aflijas de este modo. Ayúdame mas bien á buscar los médios de quitar la máscara á esa orgullosa criada, que manda como señora. Si yo pudiese conseguir hablar con el señor Baron... Pero aquí viene German; es un buen muchacho, y estoy segura de que me hará este favor.

ESCENA II.

Los mismos y German.

Ger. Con vuestro [*saludando á Maria con ayre de tristeza*] permiso, señorita; quisiera hablar dos palabras con la señora Elena.

Ele. Diga Vd. sin temor, amigo mio.

Germ. Es que vengo de parte del señor Baron tocante á...

Elen. Ya entiendo; tocante á Maria, no es esto? Ella me lo ha contado todo; no importa que lo oiga.

Germ. Entónces es diferente; yo no me atrevia: he quedado tan sorprendido al reconocer en vuestra hija á la señorita por quien he hecho tantos viages á Norville!

Elen. Ah! para huir de su amo de Vd. se vino aquí la pobrecita: pero díganos Vd., ¿qué es lo que ha ocurrido en la quinta del señor Baron despues que ella se ha ido?

Ger. Escenas terribles. [*en tono de confianza*] La vieja Duprè, que estaba enteramente decidída á no permitir que vuestra hija entrase al servicio de su ama, no ha dejado de referir de pé á pá al señor Baron todo cuanto habia oido: el señor ha mandado llamar al instante á su sobrino, le ha llenado de reconvenciones: éste se ha incomodado, y Dios sabe en lo qué hubiera parado el lance, si mi señora la Marquesa no hubiese corrido á interceder á favor del señorito.

Mari. Y él, què se ha hecho? [*con impaciencia*]

Germ. Le he visto dirigìrse precipitadamente ácia la puerta pequeña del párque: sin duda medita algun proyecto desesperado.

Mari. Ah! no le abandone Vd.: ruèguele por lo mas sagrado que obedezca á su tio.

Ger. A fé mia que Vd. le conoce á fondo. Oye por ventura á nadie en semejantes momentos?... Sin embargo iba yo á seguir-

le, cuando me ha llamado el señor Baron para darme este bolsillo, y decirme; «ve á llevar de parte mia este dinero à la «señora Elena; dile que le ofrezco mucho «mas todavia, con tal de que meta á su hi«ja en un convento."

Elen. Encerrarla cómo si fuese una delincuente! Jamás! Vuelva Vd. ese dinero al señor Baron.

Mari. Pero al mismo tiempo de rehusar sus favores, dígale Vd. que Maria está pronta á todos los sacrificios; sí, á todos, para alejarse para siempre de su sobrino. Ah! qué el me perdone este desgraciado amor, y yo ofrezco consagrar mi vida en espiarlo.

Ger. Mi buena señorita !... [*conmovido*] De veras me enternece.

Elen. Pues si se interesa Vd. en su suerte, haga Vd. mas por ella, señor German: consiga Vd. el que yo pueda ver por solo un instante al señor Baron: con tal de que pueda solamente decirle una palabra, dará crédito á mis canas, y hará justicia á Maria.

Germ. Pues venga Vd. conmigo. Esta cabalmente es la hora en que sale á paseo todas las tardes: yo la meterè á Vd. en el bosquecillo, y cuando le vea pasar...

Elen. Basta.

Mari. Ah señor German! Cuán bondadoso es Vd.!

Ger. Y quién puede mirar con indiferencia vuestras desgracias ?... Vamos, señora Elena, vamos, deme Vd. el brazo... Pobre muchacha! [*aparte al irse*]

ESCENA III.

María sola.

Mari. Si; su tio tiene razon... quitémosle toda esperanza... Pero ¿puede tener todavia alguna?... ¿Podria yo acaso dejarle ignorar por mas tiempo el secreto de mi nacimiento?... Ay! Si se lo declaro, tal vez su desprecio... Infeliz de mî! No, no le veré mas... Esta misma noche me alejo de aqui para siempre. Si; el honor, el interés de Elena, todo me lo manda... Pero conviene que ella no sepa mi proyecto: se lo ocultaré; y, cuando ya se haya recogido, abandonaré esta aldea: andando toda la noche, puedo llegar mañana, al rayar el dia, al convento del Calvario: alli encontrarê un seguro asilo contra mi debilidad y el amor de Saint-Elme... Alli, haciendo voto de olvidarle... Cielos! hêle aqui. *(viendo á Saint-Elme que sale)*

ESCENA IV.

Maria quiere huir, y Saint-Elme la detiene.

St-Elm. Deteneos; ya no es tiempo de huir! La desgracia nos une... Desheredado, maldecido por mi tio, ya nada poseo. Família, rango, bienes, todo lo he sacrificado por vos, por vos que sois mi vida. Ah! no me abandoneis, ya que en el mundo no me queda mas que Maria.

Mari. Justo Dios! qué habeis hecho?

St-Elm. He despreciado una autoridad bárbara, para cumplir el mas santo de los deberes; porqué, en vano lo negais, yo he turbado para siempre el reposo de Maria. Sus lágrimas, su esfuerzo en huir de mí, me lo aseguran completamente.

Mari. Oh! no, no lo creais! [*con prontitud*]

St-Elm. Sí, creo que me amas, [*con ternura.*] y que sola tu virtud se opone á mis deseos. Pero si esta virtud te hace preferir la desgracia á mi amor, seré yo ménos noble que tú?... ¿Puedo olvidar que, á no ser por el sobresalto que mi pasion te inspira, vivirias feliz en el seno de una familia respetable, que te habia adoptado como una hija suya? ¿No soy yo quien te arrancó de los brazos de tu bienhechora, quien te privó de una honrosa existencia, para abismarte en la miseria? Mi deber es, pues, el de ampararte, protegerte, devolverte en fin la felicidad que te he quitado.

Mari. Si es cierto que vuestro corazon me debe algun sacrificio, olvidáos de mi, sometéos á las órdenes de vuestra familia, creed que en ambos recaeria el castigo de haberla insultado... Ellos me acusan: justificadme vos con vuestra obediencia, y entónces os amaré.

St Elm. Ya no es tiempo, repito: he hecho imposible mi perdon. Habia previsto tus ruegos, y he jurado por el honor ser tu esposo.

Mari. Vos, esposo de Maria! De la que.... Ah!... Renunciad tan criminal proyecto. Considerad que todo, todo os prohibe se-

mejante enlace: y qué, aun cuando consintiese en él vuestra familia, se opondria todavia un obstáculo insuperable.

St-Elm. Qué oigo! Maria reusaria admitir mi mano!

Mari. Si; me lo prohibiria el honor.

St-Elm. El honor!... ¿Y desde cuàndo se le ofende con la eleccion de una jóven, hija de padres honrados, y dotada de todas las virtudes?... No, no temas que yo desprecie nunca tu familia. Cuidaré contigo de la ancianidad de tu respetable madre, de esa buena Elena, que me llamará y amará tambien como hijo suyo.

Mari. Ah! Pluguiése al cielo que solo la pobreza!... Sí, lo creo: vos la tolerariais animosamente; pero sabed que otra mayor desgracia nos divide... Vos estais destinado á vivir en el gran mundo.... á distinguiros en la milicia... No debeis tener que sonrojaros de vuestra muger... Podeis elegirla pobre, mas nunca de aquella miserable clase, entregada desde la infancia al abandono y al desprecio. [*Con la mayor sofocacion y llena de verguenza por la confesion que acaba de hacer.*]

St-Elm. Vos digna de desprecio? Ah Maria! Vuestra misma generosidad os engaña.

Mari. No, no, repito: me envanece y aprecio demasiado vuestro amor, para envilecerle nunca.

St-Elm. Cielos! Qué quereis decir?

Mari. Sabed,... sabed... que no tengo... padres; que, entregada desde mi nacimiento al oprobio y á la miseria, fuí recogida por manos caritativas,... que en fin esa po-

bre niña ,... esa nña abandonada sobre una piedra ,... en el umbral de la iglesia ,... esa soy yo misma.

St-Elm. Vos !

Mari. Ah ! Porqué la piedad de Elena me conservó la vida ? Porqué la suerte no favoreció la bárbarie de mi madre ?... Yo no tendria que sufrír ahora su afrenta.

St-Elm. A vos no puede tocaros... Pero esa madre delincuente gime tal vez en este momento por la suerte de su hija : acaso vanas indagaciones...

Mari. No : ella ha muerto sin duda : considerad que diez y siete años hace no he vívido sino por los socorros de Elena. Ella sola me ha llamado hija. Dejadme consagrarle una existencia que la debo ; no la priveis de mis cuidados , de mi reconocimiento. Huid , lo exijo , olvidad á Maria , no la reduzcais á la desesperacion. [*Llorando*]

St-Elm. Que yo te abandone! Nunca. [*con fuego.*]

ESCENA V.

Los mismos , Elena.

Elen. Dios mio ! Maria [*viendo á Saint-Elme*] con él !... Separáos. La Marquesa viene tras mí , pregunta por Vd. [*á Saint-Elme.*]

Mari. Vámonos á casa , madre mia. [*con temor*]

St-Elm. Maria , prometedme en nombre del Cielo...!

Elen. Por Dios no la aflija Vd. mas.

Mari. á Dios, á Dios. [*á Saint-Elme. Vanse las dos*]

St.-Elm. No, Maria lo exige en vano; no puedo abandonarla; el esceso de su desgracia aumenta aun mas el amor mio.

ESCENA VI.

Saint-Elme, la Marquesa.

Marq. Gracias al cielo que te hallo.

St-Elm. ¿Cómo, señora, habiendoos dejado poco ha tan abatida y trastornada, os atreveis á salir á esta hora?

Marq. Para evitarte una locura, una mala accion. Me han dicho que al salir de la quinta has jurado no volver á poner en ella los pies, y que estás decidido á abandonar á tu bienhechor, á tu segundo padre. Al saber tal noticia te he hecho buscar por todas partes, y he salido corriendo yo misma á encontrarte, à pedirte que vuelvas en tí, á evitarte en fin un tardío é irreparable sentimiento.

St-Elm. Ah! no me juzgeis ingrato: pero no puedo vivir mas al lado de mi tio exige de mi un sacrificio imposible.

Marq. Aguarda un dia á lo ménos. Déjale el tiempo preciso para que calme su enojo... Y quién sabe si tu sumision y mis ruegos no obtendrán al fin el consentimiento que ahora te niega? Si esa jôven merece el afecto que te ha inspirado, no lo dudes, yo hablaré en favor suyo. Protegida y dotada por mi, tal vez permitirá mi hermano...

St-Elm. Vd. la protegerá? Ah bondad singular! será posible?... No sé como espresar á Vd. cuanto me penetra este beneficio... Mas ay de mí! Nada puede servir para mi felicidad, puesto que Maria misma...

Marq. Y qué? cuando nosotros consintiésemos en este enlace...?

St-Elm. La cruel se opondria à èl. Lo creeria Vd.? Ella es quien reusa mi mano.

Marq. Este rasgo de generosidad la hace mas digna de nuestra estimacion: si, una muchacha honrada no puede admitir al esposo que se dedica á ella contra la voluntad de sus mayores: pero, cuando movida por sus virtudes, toda una familia quiere recompensarla...

St-Elm. Ella desdeña sus beneficios: una altivez bárbara la predomina y vence mi amor. Sometida á las preocupaciones injustas del mundo, se cree indigna de tomar mi apellido; é invocando la ternura que la profeso, Maria me impone que la olvide, y me manda que la abandone, lo mismo que en otro tiempo la abandonó su madre.

Marq. Qué es lo que dices? [*admirada*]

St-Elm. Que la desgraciada no tiene padres, que todo se lo debe á la caridad de Elena y de Simon, y que humillada por su nacimiento, no quiere que yo me asocie á su ignominia.

Marq. Quién te ha hecho esa relacion?

St-Elm. Ella misma.

Marq. Y qué, fué abandonada...?

St-Elm. Su madre la abandonó al nacer.

Marq. Quién la recogió?

St-Elm. Elena.

Marq. Y donde la halló?

St-Elm. Allí. [*señalando la puerta de la iglesia*]

Marq. Cuánto hace?

St-Elm. Diez y siete años

Marq. Justo Dios! si pudiese... [*precipitadamente.*]

St-Elm. Qué tiene Vd.?

Marq. Nada.—Me engaño: no me ha dicho ella que la muerte...? Sin embargo.... O cruel suplicio!

St-Elm. Qué agitacion es la vuestra?

Marq. Si, lo estoy, la suerte de esa muchacha me interesa; y si fuese posible descubrir...

St-Elm. Vana esperanza! Aquella bárbara muger, esponiendo asì la vida de su hija, entregándola á la indigencia, á la desgracia; no abjuró ya á todos los sentimientos de madre? Ah! todo lo prueba: su desnaturalizado corazon ni ha llegado á sentir siquiera el menor remordimiento.

Marq. Ah! que sabes tú? [*con prontitud*]

St-Elm. Si fuera verdad, Maria viviria aun á espensas de la compasion agena]

Marq. No es ella la mas digna de lástima. Cielos! Yo me descubro... Huyamos! [*ap.*] Oye, vé á casa de Elena, á la de Simon, pregúntales, indaga los menores detalles relativos á Maria, y vuelve al instante á dármelos: que sea esta misma noche... Yo me retiro á la quinta. Tengo que hablar con Madama Dupré, con mi hermano: es preciso que averigue... No me sigas, [*á Saint-Elme que va á acompañarla*] te lo mando; pero no pierdas un solo momento... mira que te aguardo con impaciencia. [*Vase con la mayor agitacion.*]

ESCENA VII.

St-Elme, solo, llamando á la puerta de Elena.

St-Elm. Si: el vivo interés de esta buena tia me dá aun alguna esperanza: Maria no resistirá á sus ruegos, y si consiente en verla... Abrid... Abrid [*Llama*]

ESCENA VIII.

Saint-Elme y Simon que sale de casa de Elena.

St-Elm. Ah! sois vos, Simon?

Sim. Sí, yo soy, señor, que vengo á decirle á Vd. que no puede entrar. La señora Elena está descansando, y su pobre Maria, abatida de la fatiga y disgustos de este dia, está velando á su lado. Maria es quien me envia á suplicarle á Vd. que respete el reposo de su bienhechora; porque ya sé que ella se lo ha declarado á Vd. todo. Pero yo le ruego á Vd. que en nombre del cielo le guarde este secreto: porqué sino, las mugeres del lugar y hasta sus mismas compañeras no la mirarian como hasta ahora.

St-Elm. Si: juremos guardar este fatal secreto: pero decidme, no hay esperanza alguna de encontrar á sus padres? No teneis vos algun indicio?

Sim. No, señor: esta cruz de oro, [*sacando del pecho una crucecita de oro colgada de una cinta*] que Maria me ha encargado que os entregase, es lo único que le hallamos encima.

St-Elm. Dádmela pues. (*Con precipitacion*)

Sim. Tome Vd., [me ha dicho ella llorando] si jura obedecerme, no volverme á ver, le dará Vd. esta cruz como una prueba de la mas cruel despedida; que la guarde en memoria de Maria. [*Se la entrega*]

St-Elm. Oh prenda inapreciable!

Sim. Si he admitido esta comision, ha sido por la esperanza de que esta cruz servirá tal vez algun dia de testimonio. Quién sabe?... Un hombre como Vd. puede hallar por una feliz casualidad quien la conozca: pero á nosotros, miserables aldeanos, quién quiere Vd. que venga á buscarnos en esta aldea?

St-Elm. Teneis razon, y yo voy ahora mismo á hablar de ello à mi tia.

Sim. Pero cuenta por Dios con nombrar á nadie.

St-Elm. Vivid tranquilo; no perdais de vista á Maria, mirad que me respondeis de ella, y que si me ayudais á obtener su mano, os deberé mas que la vida. [*Vase*]

ESCENA IX.

Simon, luego Maria. El teatro ha ido obscureciéndose por grados en la escena anterior, y es ya de noche.

Sim. Escelente jóven! Cómo soy, me enternece.

Mari. Cielos! aun está aqui mi padrino! [*ap. saliendo con mucha reserva de casa de Elena*]

Sim. Pero, cuanto mas vueltas le doy, [*hablando cansigo mismo*] mas imposible encuentro este casamiento.

Mari. Ay de mí ! dice la verdad. [*ap.*]

Sim. Aquí no hay mas : [*dirigiéndose á su casa*] Maria no debe volverle á ver. (*Vase*)

ESCENA X.

Maria sola.

Mari. Gracias á Dios que ha entrado... Elena cree que duermo. Pero este corto [*sacando un papel del pecho*] billete de despido, que voy á dejar á la puerta de mi padrino, les enterará mañana de mi resolucion y de mi marcha... No queda otro arbitrio : el mismo señor Simon, este caritativo amigo, cuyos consejos me han enseñado á apreciar la virtud, no acaba él mismo ahora de pronunciar mi suerte? Maria no debe volverle á ver, ha dicho : despues de este cruel decreto, qué me queda que esperar ?... Pero ¿ porqué vacilo un solo instante al alejarme de aquí ?... De qué dimana esta irresolucion ?... Seria por ventura el triste presentimiento de no volver á ver ,... ó de no hallar mas aquí á la única amiga que me protege en el mundo ? Su edad, el dolor que la causan mis penas... A ella tampoco, tal vez, no volveré á verla mas !... O miserable destino !... Sin amparo, sin apoyo en el mundo, obligada á huir del único asilo en donde podia substraerme al menosprecio, ¿ qué vá a ser de mí ?... Errante en medio de la noche... Si acaso me estravío !... He de atravesar la selva... Y no sé que espanto, qué terror se apodera de mí... Dios

mio! Sostened mis fuerzas: vos solo podeis darme fortaleza para completar este último sacrificio... Lo conozco... Me abate... Ah! si pudiese [*Apóyase en la pared de la iglesia*] morir... Si; morir aquí, en este mismo sitio dónde cruelmente abandonada... O madre sin piedad! Tú que me rechazaste de tu seno,... si pudieses verme en este cruel momento!... Tu compasion, tus remordimientos tal vez me vengarian de tu crueldad... Mas no, no; tú lo has querido; tu esperabas mi muerte, y sin duda en este instante, entregada á tus placeres, no oyes como tu hija te mald.... [*dando un grito de terror*] Oh! qué iba á decir! [*arrodilländose*] Perdon, perdon, madre mia!... La desesperacion me cegó... Yo acusarte? Ah! no; nunca... Tu desgracia causó la mia... Tú me has llorado... Tu me echas menos... tu corazon me llama noche y dia... Me buscas... Y yo estoy aquí, aquí... Vuelve, vuelve, madre mia... Aquì te espero sobre esta piedra donde me has dejado?

[*Cae sin sentidos en el umbral de la iglesia.*]

ESCENA XI.

Maria, la Marquesa, el Baron, Saint-Elme: Elena, Símon, German y dos lacayos con hachas ó faroles.

St-Elm. Maria! Maria! Corre, ven á abrazar [*corriendo*] á tu madre... Cielos! está espirando. [*viéndola*]

Marq. Hija mia! Hija mia!... Aquì tienes [*corriendo y cayendo de rodillas al lado de Maria*] á tu madre.

Todos. Mírala; ella es... Es tu madre.

Sim. y Elen. Su madre! (*Al ruido y las voces salen de sus casas*)

Marq. Reánimate, (*procurando reanimar á Maria*) Maria; oye la voz de tu desgraciada Madre!

Mari. Mi madre! En dónde estoy? [*volviendo en si*.]

Marq. En sus brazos.

Mari. Quién es la que me habla?

Elen. Querida Maria!

Mari. Oh madre mia!... [*viendo á Elena se echa en sus brazos*] Sois vos?

Marq. Ya lo oyes... Ay hermano mio!... [*al Baron*] Yo no puedo mas. [*Se deja caer en los brazos del Baron*]

Bar. No; mira á quien debes la vida, [*á Maria*] á la que, engañada por una infame traicion, te lloraba muerta... Ah Maria! tén compasion de tu madre ó pronto la verás espirar.

Mari. Qué oigo.

St-Elm. Esta cruz, ella te la habia [*enseñándole la cruz*] dado.

Mari. Será verdad? [*con transporte*]

Marq. Perdóname, hija mia! [*doblando las manos*]

Mari. El cielo me vuelve mi madre! [*abrazándola*]

Marq. Si, ella es... Reconócela por sus lágrimas, por el esceso de su alegria; pero si te queda todavia alguna duda, creelo por tu felicidad que ella va á colmar: créelo por el

esposo que te concede. (*señalando á Saint-Elme*)

Mari. Oh dicha sin igual! No llores mas, madre mia: si... ya te reconozco... (*á la Marquesa con el mayor cariño*) Saint-Elme, amigos... todos, tomad parte en mi alegria..

Sim. Lo que es yo, estoy llorando como (*enternecido*) un niño; pero ahora es preciso que esa infame Dupré...

Bar. Olvidémosla: y puesto que, intimidada por mis amenazas, ha confesado toda su perfidia, que vaya á sufrir léjos de aquì el castigo que merece.

Mar. Sí, yo no tengo derecho alguno para castigarla; pero si recompenso los cuidados de Elena y de Simon, si aseguro la felicidad de un sobrino, de mi hermano, y de una hija querida, seré tal vez digna todavia del hermoso tìtulo de madre.

FIN DE LA COMEDIA.

En la libreria de SAURI y compañia se hallan venales las siguientes.

El Verdugo de Amsterdam, por el autor del Jugador.	4 rs
Lord Davenand, ò las consecuencias de un momento de error.	3
Numancia destruida.	4
La fé triunfante del amor y cetro, ò Jaira, tragedia en cinco actos.	
Treinta años ó la vida de un jugador.	4
La hija del portero.	2
Quince años ó la perversion.	3
El cerragero de San-pol.	4
La Casita aislada ò la Pupila.	2
La novia de 64 años.	4
El mendigo de Bruselas.	4
¡O qué apuros! ò el novio en mangas de camisa.	2
Titò y Doña Paca, ó el viage de la fortuna.	2
Una tertulia á la derniere.	2
Las diez de la noche ò los efectos de una revolucion.	4

Obras.

Historia de los jueces francos 2. tom.
Campaña de Rusia por Napoleon 2 t.
El Dote de Suceta, novela 2 tom.
Viage del jòven Anacarsis, 7 tom.
Un viage en Diligencia, crítica divertida para todos y particularmente para los malhumorados. 1 tomito.
Demenville y Felisa. 1 tom.
Las pàginas de oro. 1 tom.
Adelina ó la abadía en la Selva. 4 tom. con lám.
Matilde: ó memorias del tiempo de las Cruzadas. 4 tom. con làm.
Aventuras de un Español en el Asia. 1 tom.
Galatea de Cervantes. 1 tom.
El Diablo verde en la selva negra, novela. 1 tom.
Historia de los naufragios, 5 tom. con lám.
Enrique y Sofia. 2 tom. con lám.
Selim-Adel, ó continuacion de las Cruzadas. 2 tom. con lám.

Y otros de todas clases, de recreo y diversion.